



Ludwig Feuerbach

LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO. CRÍTICA FILOSÓFICA A LA RELIGIÓN

(Madrid: Trotta. 2009)

Este libro de 1841 es la obra capital del filósofo alemán Ludwig Feuerbach (1804-1872). En él se propone una reducción antropológica de la teología y de la religión. Desde una perspectiva filosófica, se fundamenta la idea de que Dios es una construcción humana. Según el teísmo tradicional, Dios creó al hombre, pero aquí se invierte esta relación y se plantea más bien que Dios es una creación del hombre. Feuerbach sostiene que en el cristianismo sujeto y predicado están invertidos, y por ello se propone realizar una reinversión para volver cada cosa a su lugar. En su momento esta obra alcanzó una enorme repercusión. Fue leído por autores de tanta significación como Wagner, Strauss, Kierkegaard, Nietzsche, Marx y Freud.

"La presente obra contiene los elementos (advirtase bien) sólo los elementos críticos de una filosofía de la religión positiva o de la revelación". (Pág. 29)

"El método adoptado por el autor es completamente objetivo; es el de la química analítica. Por esta razón, allí donde era necesario y posible, se han introducido documentos probatorios, en parte al pie de texto, en parte en un apéndice especial, a fin de legitimar ganadas en el análisis, es decir, a fin de probar su fundamento objetivo. Por consiguiente, si se encuentran chocantes, ilegítimos los resultados del método utilizado por el autor, que se sea lo bastantes justo para atribuir la responsabilidad no a mí, sino al objeto mismo. (...) Existe una buena razón para que el autor haya extraído sus testimonios de siglos que ya quedaron atrás. El cristianismo ha tenido su época clásica, y sólo el verdadero, el grande, el clásico es digno de ser pensado; el no clásico depende del *forum* de la comedia o de la sátira. Para poder establecer el cristianismo como objeto digno de pensamiento, el autor debió prescindir del cristianismo cobarde, superficial, confortable, esteta, versátil y epicúreo del mundo moderno, y trasladarse a los tiempos en que la esposa de Cristo era todavía casta, virgen e inmaculada, cuando ella no tejía todavía las rosas y los mirtos de la Venus pagana en la corona de espinas de su esposo celestial, para evitar desvanecerse delante del espectáculo del Dios sufriente; la época en que ella era pobre en tesoros terrenales, pero rica en el goce de los misterios de un amor sobrenatural". (Págs. 31-32)

"La religión se funda en la diferencia esencial que existe entre el hombre y el animal; los animales no tienen religión. (...) La conciencia, en su sentido estricto, sólo existe allí donde un ser tiene como objeto su propio género, su propia esencialidad". (Pág. 53)

"La propia esencia es para él, en primer lugar, como objeto de otro ser. La religión es la esencia infantil de la humanidad; pero el niño ve su esencia, el ser humano, el ser hombre, fuera de sí mismo; como niño, el hombre es objeto para sí mismo como otro ser. El proceso histórico de las religiones consiste en que lo que para las religiones anteriores valía como algo objetivo, ahora es considerado subjetivo, es decir, lo que fue contemplado y adorado como Dios, ahora es reconocido como algo humano". (Pág. 65)

"La religión, por lo menos la cristiana, es la relación del hombre consigo mismo, o mejor dicho, con su esencia, pero considerada como una esencia extraña. La esencia divina es la esencia humana, o, mejor, la esencia del hombre prescindiendo de los límites de lo individual, es decir, del hombre real y corporal, objetivado, contemplado y venerado como un ser extraño y diferente de sí mismo. Todas las determinaciones del ser divino son las mismas que las de la esencia humana". (Pág. 66)

"Un verdadero ateo, es decir, un ateo en el sentido corriente de la palabra, es sólo aquel para quien los predicados de la esencia divina, como, por ejemplo, el amor, la sabiduría, la justicia no existen; pero no aquel que niega simplemente el sujeto de esos predicados. La negación del sujeto no implica en absoluto la negación de los predicados mismos. Los predicados tienen significación propia e independiente, imponen su reconocimiento al hombre por su contenido, se muestran inmediatamente como verdaderos por sí mismos". (Págs. 72-73)

"La característica más importante de la religión, particularmente de la religión cristiana, en lo referente al entendimiento o a la razón de Dios, consiste en la perfección moral. Dios, como ser moralmente perfecto, no es más que la idea realizada, la ley personificada de la moralidad, el ser moral del hombre (el ser propio del hombre) puesto como ser absoluto; pues el Dios moral exige del hombre que sea como es él mismo: 'Dios es santo y vosotros debéis ser santos'. (Pág. 97)

"El egoísmo es esencialmente monoteísta, pues sólo tiene una finalidad: sí mismo. El egoísmo reúne y concentra al hombre sobre sí mismo; le da un principio de vida firme y sólida; pero lo hace teóricamente limitado, porque es indiferente a todo lo que no se relaciona inmediatamente con su propio bienestar. La ciencia, como el arte, surgen por lo tanto, solamente del politeísmo, pues el politeísmo es el sentido abierto y carente de envidia para todo lo bueno y bello sin distinción, el sentido del mundo y del universo. Los griegos recorrían el vasto mundo para extender su horizonte; los judíos rezan todavía con el rostro vuelto hacia Jerusalén; en una palabra, el egoísmo monoteísta privaba a los israelitas del impulso y sentido libre de la teoría". (Págs. 161-62)

"Hemos demostrado que el contenido y el objeto de la religión es totalmente humano. El misterio de la teología es la antropología, el misterio del ser divino es la esencia humana". (Pág. 311)

"Nuestra relación a la religión no es, por consiguiente, únicamente negativa, sino crítica; separamos sólo lo verdadero de lo falso. (...) La religión es la primera conciencia que el hombre tiene de sí mismo. Las religiones son santas porque son tradiciones de la primera conciencia. Pero lo que es primero para la religión, Dios, es en sí y de acuerdo a la verdad, lo segundo, pues es sólo la esencia del hombre que se objetiva; y lo que para ella es lo segundo, el hombre, debe, por lo tanto, ser puesto y expresado como lo primero. (...) *Homo homini Deus est*; este es el primer principio práctico, éste es el momento crítico de la historia del hombre". (Pág. 311-32)